

HOMILÍA DE LA MISA DE INAUGURACIÓN DEL BICENTENARIO DEL SEMINARIO DE OURENSE

*Emmo. Cardenal Antonio M^a Rouco Varela
Arzobispo de Madrid*

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor,

Acción de gracias por doscientos años de la existencia de este seminario diocesano, conciliar le podemos llamar también, de Ourense.

No hay mejor lugar, no sólo en el sentido espacial de la palabra sino también en el sentido vivo, vital; por usar un expresión de la filosofía de nuestro tiempo: existencial; para dar gracias, que en la Eucaristía, es el lugar ideal para hacerlo.

El seminario ha sido espacio inicial donde se ha reproducido a lo largo de los 200 años la cita del Señor con sus discípulos aquí en Ourense, en esta parcela de la Iglesia en la cual y a través de la cual han sido llamados, han sido educados y han sido conducidos muchos jóvenes, miles de jóvenes de esta antigua, antiquísima Diócesis hasta la cercanía del mismo Señor para ser sus ministros, sus discípulos, sus testigos. Y los han educado hasta ese momento culmen de la hora del cenáculo en que el Señor reparte el Pan, reparte el Cáliz de su Sangre; y no sólo ya del cenáculo prepascual, sino del cenáculo que se completa después con el misterio de la Pascua, se llena, se realiza y se cumple plenamente a través de la Pasión del Señor y de la Resurrección del Señor.

Este ha sido el lugar de la cita de los jóvenes de Ourense con el Señor a lo largo de 200 años, para ser enviados como testigos suyos, como apóstoles y sacerdotes suyos a su gente, a su pueblo, a la Iglesia y al mundo.

Y de nuevo hoy aquí con el Obispo de esta Diócesis el pastor de la Iglesia Diocesana de Ourense, con sus presbíteros, con sus seminaristas, con sus fieles, acompañados de Obispos hermanos, el que celebra esta Eucaristía y la preside, el Señor Arzobispo de Santiago Metropolitano de las Diócesis de Galicia, el Sr. Arzobispo de Braga, Diócesis hermana desde hace muchos siglos, el Arzobispo emérito de Braga, el Arzobispo de Oviedo Diócesis también vinculada históricamente a estas nuestras Diócesis de Galicia, a la de Santiago de Compostela por mucho tiempo, hasta hace prácticamente medio siglo, los Sr. Obispos de Tui-Vigo, de Lugo, de Astorga, de Vila Real, de Viana do Castelo. Unidos a vosotros reproducimos y actualizamos esta cita de 200 años que el Señor hizo con los jóvenes de Ourense en este Seminario. Lo hacemos llenos de gozo y llenos de gozo damos gracias al Señor.

Cuando la Iglesia los cristianos, con sus sacerdotes se reúnen entorno al altar de la Eucaristía lo hacen por muchos motivos, la teología los desgrana y no agota toda la riqueza de las motivaciones por los cuales nos reunimos en torno al altar de la Eucaristía. Gracias la Señor por el don de la salvación que nos ha hecho llegar a través del misterio de la encarnación y de la pascua de su Hijo. Gozo esperanzado por que sabemos que estamos salvados. Gozo por que vamos a recibir el don del cuerpo y de la sangre de Cristo

que nos va a alimentar. Gozo porque sabemos que nuestra vocación es la de amarnos para vivir eternamente felices en el amor del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En ese gozo nos reunimos hoy en esta Eucaristía del Bicentenario del Seminario de Ourense.

También nos acompañan autoridades, Srs. Conselleiros de Presidencia y de Emigración de la Xunta de Galicia, el Sr. Alcalde de Ourense, el Presidente de la Diputación, y otras personalidades que representan la vida social, la comunidad política de esta ciudad y de esta comunidad autónoma, tan querida.

Muchos fieles consagrados, consagradas, seglares, laicos. Es un testimonio, implícito pero elocuente, de lo que ha supuesto este cenáculo del Señor en Ourense que ha sido su Seminario a lo largo de estos 200 años para el bien de la sociedad y del pueblo y para el bien del hombre. El hombre se sana, crece, se desarrolla, se perfecciona cuando recibe la gracia de Cristo, cuando se abre a la gracia de Cristo, cuando sabe reunirse en torno al cenáculo de la Eucaristía y sabe dar gracias a Dios con el Señor, con Cristo el Salvador.

Cuantos bienes de todo tipo, de toda cualidad en el orden humano, en el orden de las realidades temporales han brotado para Ourense, para su gente, a lo largo de estos 200 años viniendo de este seminario. No en último lugar todos los que tiene que ver con el desarrollo cultural, con la preparación de sus hijos desde el punto de vista profesional, desde el punto de vista científico, lo que ha supuesto para el horizonte, el gran horizonte del conocimiento hondo del hombre lo que aquí se ha enseñado en relación con la fe y en relación con la ley de Dios. También son bienes esenciales para el futuro y el presente de los hombres el saber apreciar la ley de Dios y saber abrir el corazón a la revelación del Señor y a la fe.

El recuerdo de la Eucaristía, que es memorial de esa primera cena y memorial de la Pascua del Señor, en este caso memorial también de esos 200 años de Eucaristías y de celebraciones de la pascua en este Seminario, nos traen las figuras muy concretas de los Obispos que ha regido esta Diócesis, de los rectores del Seminario, de los formadores los millares de sacerdotes que se han formado aquí y que desde aquí han sido enviados al servicio pastoral en Ourense y fuera de Ourense; la de muchísimos seglares que ha recibido aquí su formación.

Como no recordar aquí al Obispo que erigió este Seminario el cardenal Quevedo y como no recordar a los últimos Obispos, grandes figuras, grandes servidores de la Iglesia y del pueblo que han fallecido en la segunda mitad del siglo XX, Mons. Cerviño, Mons. Blanco Nájera, Mons. Temiño; los que han recibido aquí su primera educación, como no recordar al Cardenal Quiroga; los nombres de sacerdotes ilustres que han brillado por su santidad y por su humildad también son muchos; ese recuerdo nos acompaña en esta acción de gracias, los incluye a ellos, ellos han sido instrumento de la gracia de Cristo y de la llamada de Cristo y de la cita del Señor con los jóvenes de Ourense.

¿Cómo se explica esta fecundidad? y, ¿cómo se comprende? Esta fecundidad espiritual y temporal; esta fecundidad en lo divino y en lo humano, esta fecundidad a la hora de hacer crecer la Iglesia y a la hora de sembrar la buena semilla en los surcos de la

humanidad en esta tierra, en esta Diócesis. Se comprende, como el Evangelio de San Lucas nos decía, por el camino de la sencillez, siendo sencillos, sencillos de corazón, estas cosas sólo «ha sido reveladas a la gente sencilla» decía el Señor. Él mismo sólo es captado por la gente sencilla. Cuando el hombre se ensoberbece, se cree el amo, el dueño de todo, incluso de sí mismo no entiende a Cristo; no entiende los caminos a través de los cuales el Evangelio llega todo el mundo; no entiende ni la Palabra de Cristo ni los Sacramentos de Cristo, ni tampoco el misterio del amor de Cristo.

Comprender la labor de este Seminario, valorar todo lo que ha servido a la Iglesia, al mundo y a los hombres, exige entrar en esa pequeñez de alma y de corazón, en esa sencillez de ánimo de la que hablaba el Señor. Siendo así, sencillos de corazón, se puede comprender al Padre, ver al Hijo y se puede conocer al Espíritu Santo; se puede conocer al hombre. Al hombre que necesita consuelo, que necesita ayuda, el hombre cansado y agobiado del que hablaba el Señor. Aprendiendo la lección de Cristo se aprende la lección del hombre. Aprendiendo la lección de Cristo se comprende el seminario, se comprende al sacerdote, se comprende el sacerdocio y se sabe servir al hombre. Los sencillos lo comprenden.

Quizá una primera petición y una primera súplica, fruto de esta Eucaristía de acción de gracias, sea pedir al Señor que nos haga sencillos de corazón, a todos, para poder aprender de Él, el camino de la verdad y el camino de la salvación. Por eso hoy damos gracias a Dios también, porque muchos de vosotros y muchos de nosotros hemos aprendido en el Seminario de Ourense a ser sencillos de corazón, sencillos de mente y así hemos aprendido a acercarnos a Cristo. Hoy por ello mantenemos y profesamos una verdad no sólo teórica, sino viva y una verdad histórica, la de que aquí la diócesis, la Iglesia, la gente, el pueblo de esta tierra de Ourense, han sido enriquecidos con la gracia de Cristo, enriquecidos «en toda clase de dones» que diría el Apóstol a sus hijos o a sus comunidades de Corinto; han sido enriquecidos en lo que más vale a la hora de vivir la vida y de afrontarla con esperanza, han sido enriquecidos en la fortaleza y en la firmeza del testimonio de Cristo, enriquecidos a la hora de saber participar de su vida y a la hora de saber traducirla en vida concreta para uno mismo y para los demás.

Por eso una segunda súplica que hemos de dirigir al Señor, pero ya colocando en esa petición nuestra, a María, su Madre que os ha guardando a lo largo de estos 200 años, para que sigáis, sigamos, en el camino abierto por nuestros hermanos y nuestros padres en la fe a lo largo de estos 200 años. El Seminario actual los seminaristas, rector, formadores, la comunidad diocesana pidamos para seguir en el camino emprendido y seguir sembrando en el surco abierto; ha sido un buen camino, el surco está fresco, se puede seguir sembrado. Hacerlo con esperanza y con amor, no podéis dejar de prestar el servicio a vuestros hermanos de seguir por este camino.

Que la Virgen Nuestra Señora, la Virgen de Fátima que aquí honráis tanto en esta ciudad y que honramos en toda la Iglesia, nos enseñe esta lección como se la enseñó a los pequeños niños videntes, que porque fueron sencillos de corazón supieron comprender el misterio de Cristo que les revelaba de nuevo su Madre. Que así sea.